

La pugna femenina por la equidad laboral. El caso de las primeras comunicadoras en la TV uruguaya

Women's struggle for employment equality. The case
of the first female communicators in Uruguayan TV

FRANÇOIS GRAÑA, Universidad de la República, Montevideo, Uruguay (francois.grana@fic.edu.uy)

RESUMEN

Este artículo constituye un avance de nuestra investigación sobre mujeres comunicadoras desde la perspectiva de las desigualdades entre hombres y mujeres. Pretendemos aprehender las transformaciones en la vida socioprofesional de las mujeres, tomando por caso la TV uruguaya. Hemos entrevistado a comunicadoras de tres generaciones: las primeras en ingresar a la TV, las profesionales maduras en actividad, y las jóvenes de reciente ingreso. Seguiremos el trayecto profesional de tres pioneras. La primera ingresaba a la TV en sus inicios, a fines de los años cincuenta; la segunda lo hacía en los setenta, y la tercera promediando los ochenta. Hemos preservado el anonimato de las entrevistadas para mayor soltura en el análisis de sus historias de vida. Daremos cuenta de los principales obstáculos y resistencias con que estas mujeres debieron lidiar, poniendo el foco en las relaciones sociales de género.

Palabras clave: Género, comunicadoras, televisión, Uruguay, equidad laboral.

ABSTRACT

This article is an advance of our research on women communicators from the perspective of inequalities between men and women. We intend to grasp the changes in the socio-professional life of women, taking as a study case Uruguayan television (TV). We have interviewed three generations of women communicators: the first entering TV, mature working professionals, and recent income youth. We will follow the career path of three pioneers. The first entered TV in its beginning, in the late 50s; the second did it in the 70s, and the third in mid 80s. We have preserved the anonymity of the interviewed for greater ease in analyzing their life stories. We will depict the main obstacles and resistance that they faced, putting the focus on gender social relations.

Keywords: Gender, women communicators, television, Uruguay, employment equity.

•Forma de citar:

Graña, F. (2015). La pugna femenina por la equidad laboral. El caso de las primeras comunicadoras en la TV uruguaya. *Cuadernos.info*, (36), 39-51. doi: 10.7764/cdi.36.731

INTRODUCCIÓN

Desde tiempos inmemoriales, las mujeres han sido socializadas para la esfera doméstica y privada, en tanto los hombres lo han sido para ocupar los espacios públicos y los ámbitos de decisión social (Graña, 2006, p.11). En unas pocas décadas, la situación de ellas en Occidente ha cambiado más que en milenios; por de pronto, han venido accediendo de más en más a áreas laborales y a profesiones hasta entonces desempeñadas exclusivamente por hombres. Los estudios sociales con perspectiva de género van de la mano con estos cambios, retroalimentándose y brindando asidero a una nueva conciencia femenina de cuestionamiento a desigualdades sociales arraigadas entre ambos sexos.

Este estudio se refiere específicamente al modo en que las mujeres fueron accediendo a trabajar en la televisión. ¿Cómo eran las primeras que aparecieron en TV como comunicadoras, abriendo brechas en un área que les estaba vedada? Sus trayectos y sus historias de vida, ¿contribuirán a explicarnos su “osadía”? Si fueron discriminadas por ser mujeres, si vivieron situaciones de acoso sexual, ¿cómo las afrontaron? Guiados por estas preguntas, seguiremos aquí las peripecias socioprofesionales de tres pioneras en la TV abierta uruguaya. Cristina, Ana María y Norma, se iniciaron en prácticas comunicacionales en los años cincuenta, sesenta y setenta, respectivamente; seguiremos sus avatares poniendo de relieve la perspectiva de género. Aunque el desfase temporal entre sus trayectos es relativamente pequeño, ya muestra una gradación significativa en el proceso ascensional de conquista de un reconocimiento en tanto mujeres profesionales en un ámbito monopolizado por hombres desde sus inicios.

La revisión de trabajos antecedentes que haremos en el apartado siguiente, permitirá insertar esta exposición en un marco más amplio de acumulación de conocimiento. Explicitaremos, asimismo, las referencias conceptuales que contribuirán a modelar el abordaje analítico. Luego se expondrá la metodología empleada, y se presentará el análisis de las entrevistas seleccionadas.

ANTECEDENTES Y FUNDAMENTOS TEÓRICOS

La distinción entre sexo y género es clave en toda la literatura feminista emergente desde los años setenta del siglo pasado. Mientras que el sexo está biológicamente determinado e inscrito en los cuerpos, el género engloba los significados que la sociedad atribuye a cada sexo (Burin, 1998; Bonder, 1994, p. 27). Llamamos androcentrismo a la visión del mundo que instituye al hombre como centro de la experiencia humana y

como modelo universal, y a la mujer como su subordinada en todos los órdenes de la vida. Este concepto apela a “diversos aspectos que sirven para entender la desigualdad social, económica y sexual a partir del papel que se ocupa en el centro del poder” (Rovetto, 2010, p. 44). A su amparo, la consideración crítica del lugar social ocupado por la mitad femenina de la humanidad cobra un nítido carácter relacional.

A lo largo del siglo pasado, en el mundo occidental, y ciertamente en el Uruguay, un conjunto de avances importantes fue erosionando las bases del androcentrismo. Se redujo el número promedio de hijos, se generalizó la utilización de anticonceptivos modernos, y –junto con ello– las mujeres aumentaron el nivel de educación formal y su incorporación a ámbitos laborales, políticos y culturales históricamente ocupados por los hombres. Estos cambios han expandido la autonomía de las mujeres, que incrementaron su poder de negociación frente a los hombres. Así, se han reducido significativamente las desigualdades atribuibles al género, y las mujeres han accedido a una mayor conciencia de la discriminación de que son objeto en la convivencia social. Las discriminaciones –vale la pena recalcar– han disminuido, pero están lejos de haber terminado. Por de pronto, las mujeres siguen siendo las responsables de la tarea doméstica y de los cuidados de las personas del hogar, actividades no remuneradas ni valoradas socialmente (Batthyány et al., 2014); asimismo, continúan padeciendo la violencia masculina más brutal, tanto física como psicológica y simbólica (Graña, 2014).

La llamada segunda ola feminista¹, protagonizada por las mujeres en los años setenta en la vieja Europa y los EE.UU., imprimió un fuerte impulso a los estudios de medios con perspectiva de género. En las postrimerías de esa década, la socióloga Gaye Tuchman patentó el término “aniquilación simbólica” para englobar las prácticas comunicacionales que subrepresentan a las mujeres y contribuyen a crear un efecto de invisibilización de las mismas en los medios de comunicación de masas (Tuchman, Kaplan & Bennet, 1978). Desde entonces han proliferado en el mundo occidental los estudios que dan cuenta de la presencia de mujeres en las noticias, ya sea como protagonistas, como informantes calificadas o como comunicadoras, empleando sobre todo técnicas cuantitativas de investigación (Burch, 2000; Alfaro, 1997).

Los años noventa marcan una inflexión importante en términos de visibilización de las inequidades de género en el terreno de las políticas públicas no sexistas impulsadas por las mujeres organizadas. En la IV

Conferencia Mundial sobre las Mujeres que tuvo lugar en 1995 en Beijing, los gobiernos allí representados se comprometieron a promover una serie de objetivos de igualdad y desarrollo para todas las mujeres del mundo (De los Ríos & Martínez, 1997). La Conferencia abarcó diversos ámbitos en que se consideraba necesario avanzar en los derechos de la mujer, incluyendo un aumento en su participación y acceso a los medios de comunicación (United Nations, 1995).

Entre los estudios de comienzos del presente siglo, se ha abierto paso el enfoque que reclama la genuina universalidad de los principios de igualdad, inclusión, diversidad y participación, entendidos como derechos humanos básicos. Se ha señalado que la universalidad de estos derechos se encuentra en entredicho mientras no se contemplen las diferencias entre hombres y mujeres. Ni bien se incorpora la mirada de género, emerge con fuerza el imperativo de velar por aquellos derechos que involucran específicamente a las mujeres, y que constituyen aun hoy asignatura pendiente en nuestras sociedades androcéntricas: ser tratadas con respeto y dignidad, tener las mismas oportunidades de trabajo e ingreso que los hombres, gozar de una vida libre de violencia y de una vida sexual y reproductiva plena y sana; acceder a la educación, a la cultura, a la política, a todos los ámbitos de decisión. Las imágenes estereotipadas de las mujeres en los medios de comunicación, junto a su escasa participación en los mismos, permanecen hoy como poderosos obstáculos a una verdadera universalidad de todos estos derechos. Por ello, la garantía de igualdad de las mujeres en el acceso a la comunicación se muestra como condición *sine qua non* del respeto de los derechos humanos arriba enumerados (Montiel, 2009). Asimismo, la promesa democratizante de un acceso libre e igualitario al cyberespacio se ha revelado falaz: lejos de disminuir, los contenidos de violencia y discriminación contra las mujeres –particularmente pornografía y prostitución– se han multiplicado en Internet y en las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (Güereca Torres, 2012; Castaño, 2005).

La investigación científica brinda evidencias de la reproducción de estereotipos sexistas en la TV, que muestran a las mujeres en roles tradicionales de madres, esposas y amas de casa, las presentan frágiles y vulnerables, mero objeto de deseo de los hombres. Los reclamos de transformación de sus rostros y cuerpos para lucir en sintonía con las pautas de belleza predominantes, son denunciados como instrumentos de violencia de género que contribuyen a perpetuar la desigualdad (Ramírez Salgado, 2012). Estos estereotipos sexistas

que las denigran contribuyen a “naturalizar” ciertos cánones de estética femenina elaborados con la mirada masculina. A las mujeres que trabajan en la televisión se les exige no solo profesionalismo, sino también buen aspecto físico, requisito mucho menos presente en la selección de hombres. Las mujeres profesionales dan cuenta de las dificultades para compatibilizar responsabilidades familiares con trabajo, en un contexto laboral que reclama mucha disponibilidad. A ello debe sumarse el acoso sexual y los prejuicios androcéntricos presentes en muchos responsables jerárquicos de los medios (Bach, Altés, Gallego, Plujà & Puig, 2000; Aldana et al., 2000; Secanella & Fagoaga, 1984).

Se constata, por una parte, la irrupción creciente de mujeres en las redacciones de libros y revistas, en los diarios, en la presentación de telenoticiarios, en la elaboración de revistas electrónicas. El número de comunicadoras profesionales ha venido creciendo constantemente. Por otra parte, su presencia no se refleja en los puestos de decisión, donde en casi todos los países las mujeres siguen estando subrepresentadas (Burch, 2000). En palabras de una investigadora española, la incorporación de las mujeres al periodismo ha sido “lenta a la vez que abrumadora”: la marcada tendencia a la feminización de los planteles profesionales se combina con un acceso más parsimonioso a los cargos directivos, siendo esto último mucho más flagrante en la prensa escrita (Ufarte Ruiz, 2007). Asimismo, esta mayor presencia femenina en los medios tampoco ha influido significativamente en la selección y jerarquización de la información, que sigue privilegiando a los hombres como protagonistas y receptores de las noticias (Lovera, 2007).

En el Uruguay, la investigación en comunicación desde una perspectiva de género se encuentra aún en los prolegómenos. La organización feminista Cotidiano Mujer ha puesto en marcha un “Observatorio de los medios de comunicación” (1999), que registra y analiza el espacio ocupado por las mujeres en los medios. Una investigación de María Goñi (2005) analiza la calidad de la participación femenina en la TV uruguaya, tal como es percibida por las propias comunicadoras entrevistadas. Persisten estructuras jerárquicas masculinas, así como criterios sexistas de selección de mujeres, que “adornan” con un toque femenino los programas conducidos por periodistas hombres. A despecho de todo lo antedicho, el creciente número de comunicadoras les da una mayor visibilidad pública y contribuye así al retroceso progresivo de las resistencias tradicionales.

En este contexto se inscriben los trayectos de mujeres profesionales ingresadas a la TV uruguaya entre los años cincuenta y ochenta, que focalizamos en este artí-

culo. A través de sus experiencias de vida podremos ver las persistencias en la estratificación de género en el medio audiovisual, así como también los cambios constatables en el período en cuestión.

METODOLOGÍA

El propósito último de la investigación general que enmarca esta exposición, entonces, consiste en trazar un cuadro histórico evolutivo de las luces y sombras constatables en la progresiva feminización de los *staffs* profesionales de la TV abierta. Con fines exclusivamente analíticos, hemos establecido tres generaciones de comunicadoras: las primeras que ingresan a la TV uruguaya en los últimos años cincuenta y comienzos de los sesenta, las profesionales maduras que actualmente cuentan con una trayectoria profesional consolidada, y las jóvenes que ingresaron recientemente a un medio audiovisual. En este avance de la investigación, nos ocuparemos de algunas de las pioneras: una comunicadora de los primeros años de la TV uruguaya, y dos profesionales maduras que ingresaron al medio en los setenta y primeros años ochenta, respectivamente.

Nos hemos propuesto aprehender el modo en que las mujeres comunicadoras han vivido su trayecto profesional, de cara a las especificidades y obstáculos atribuibles a las desigualdades de género y a la histórica hegemonía masculina. La perspectiva metodológica cualitativa es la que mejor se presta para dar cuenta del modo en que los propios actores perciben –y contribuyen a construir– sus contextos cotidianos de vida. Toda investigación cualitativa puede definirse como una exploración de mundos intersubjetivos de vida (Beltrán, 1986). Las técnicas cualitativas en general, y la entrevista en particular, buscan interpretar lo que se dice y por qué se dice; buscan entender tanto lo dicho como aquello que se omite, hurgan en las entrelíneas en procura de significaciones presentes en la percepción del mundo de quien habla, pero no siempre presentes en su conciencia (Graña, 2010). En palabras de un connotado investigador, “el empleo de la entrevista presupone que el objeto temático de la investigación, sea cual fuere, será analizado a través de la experiencia que de él posee un cierto número de individuos...” (Blanchet, 1989, p. 92).

Empleamos, entonces, la técnica de la entrevista semiestructurada. Las entrevistas –dieciocho en total– promedian una hora de duración cada una, y fueron realizadas entre 2010 y 2014. Buscamos echar luz sobre los modos en que estas mujeres se hicieron un lugar en la televisión abierta, atendiendo en cada caso las cone-

xiones de sentido entre dichos modos y los contextos familiares y socio-históricos en que tuvieron lugar. La selección de comunicadoras que se entrevistaría se hizo en “bola de nieve”: comenzando por las mujeres de mayor visibilidad pública en cada una de las tres generaciones, estas nos sugirieron nombres de otras colegas. Como queda dicho, nos ocuparemos aquí únicamente de tres pioneras de notoria visibilidad en la pantalla chica.

TRES PIONERAS DE LA TELEVISIÓN

CRISTINA: EL PRIMER ROSTRO FEMENINO EN LA TV URUGUAYA

Los años cuarenta presenciaron el boom de los radioteatros y de la fonoplatea; la radio, *vedette* indiscutida de la comunicación masiva, alcanzaba el zenit de su popularidad. Por entonces, la hegemonía masculina era absoluta e indiscutida. Las uruguayas acababan de adquirir carta de ciudadanía con el derecho al voto en 1938. Esa conquista constituyó un paso de gigante en dirección de la igualdad formal de género; sin embargo, las mujeres todavía eran consideradas un mero apéndice del hombre: él es el timonel del Estado, el titular de la razón y del mundo de las ideas; lidera las instituciones religiosas, la política, el mercado, todos los ámbitos profesionales (Graña, 2006).

A fines de esa década, cierta radioemisora llamaba a concurso de aspirantes a locutoras; debía tratarse de una nueva voz, sin experiencia previa en la radiodifusión. Lo que para cualquier joven de diecisiete años de esa época equivalía a una osadía mayúscula, representó para Cristina un desafío que asumió sin dudar ni un instante. La madre consintió de inmediato, y acordaron ocultar el asunto al padre durante el tiempo que durara el concurso. Cristina –y con ella muchas de sus coetáneas– sentía que las mujeres podían y debían trascender las puertas del hogar. Esto, a despecho de una educación que todavía predicaba una clara división del trabajo entre los sexos: los hombres ocupaban por entero el espacio público, y las mujeres tenían por destino el matrimonio, los hijos y las tareas domésticas.

La madre debió depositar en su hija expectativas de una vida diferente de la suya propia. Una vida que, sin perder pie en el ámbito familiar, también la catapultara lejos del mismo, dispensándola de constricciones que sus abuelas habían vivido como “propias del sexo”, y que comenzaban a ser cuestionadas. En los años venideros, las mujeres iniciaban un camino sin retorno: ya no volverían a la reclusión dorada del hogar (siempre reclusión, y no siempre dorada). A estas conquistas sociales sin precedentes sobrevendrían muchas más.

El concurso al que se presentó Cristina como una más entre 120 postulantes, fue ganado por la joven emprendedora luego de sorteadas con éxito sucesivas pruebas eliminatorias. El nuevo programa radial, de quince minutos, iba de lunes a viernes y se llamaba *El cine y sus estrellas*. En esas semanas se inauguraba en Montevideo el llamado cine continuado: la proyección ininterrumpida de dos, tres y más películas, desde el mediodía hasta entrada la noche (Casal, 1998). El cine se encontraba en pleno apogeo; todavía faltaba más de una década para que se hablara de la pantalla grande, por contraste con la TV.

Nueve años más tarde, Cristina era la primera mujer en ingresar a la primera emisora de TV en el país. El director del canal había determinado que ella tenía todo para la televisión: “Yo era gordita, y se usaban las gorditas en esa época... hasta Marilyn Monroe tenía pancita, era otro tipo de belleza, de estética...”. Sin embargo, el aspecto físico estaba lejos de ser todo lo que Cristina, por entonces de veintiséis años, tenía para ofrecer. Había ingresado a la locución radial como adolescente muy segura de sí, simpática y resuelta; en todo ese tiempo se había hecho un lugar propio, desde donde supo conquistar la confianza profesional de sus responsables.

En su relación con los colegas, todos varones, Cristina construyó una relación afable basada en la camaradería y el respeto mutuo. Era una joven atractiva, desenvuelta, encantadora; invitarla a salir, buscar seducirla, constituía para algunos una tentación que no podían o no querían resistir. El prestigio social de los varones de esta época se correlacionaba con la cantidad de conquistas sexuales que podían exhibir ante sus pares. En contrapartida, la reputación de las jóvenes reposaba sobre su firmeza y habilidad para resistir un acoso masculino que las halagaba, pero que no debía mancillar su virtud (Giddens, 1995). El asedio a la virtud que practican los varones de todas las épocas, se constituye en juego viril que pone a prueba su poder sobre ellas, y ejercita una modalidad de “violencia simbólica” (Bourdieu, 2000) que actualiza la relación de dominación-sujeción.

Pero, por otra parte, “donde hay poder hay resistencia”, fundamenta largamente Michel Foucault (1977, p. 57). La vital presentadora de televisión ponía en actos esta resistencia a la hegemonía masculina, desplegando estrategias de relacionamiento a un tiempo delicadas y firmes: “No les di la oportunidad de desplazarme o de que se sintieran molestos con esta mujer que iba calando (...). Tenés que hacerte amiga del adversario, y yo me hice amiga de los hombres...”. Debía evitar que

su fulgurante éxito fuera vivido por los colegas como una reducción de sus prerrogativas.

Ya llevaba cinco o seis años en la TV, cuando quedó embarazada: “Estaba radiante, por supuesto, y seguí trabajando todo el tiempo; pero en esa época, las mujeres cubríamos nuestra panza con mucho pudor, había vestidos especiales para embarazada”, relata Cristina. “Ya tenía mi lugar ganado, sólido, los compañeros y los jefes estaban a muerte conmigo”. Sentía contar con todo el apoyo de la dirección del Canal. “Los compañeros todos querían que fuera varón, pero se embromaron porque fue nena, que era lo que yo quería”.

Las peculiaridades de su trabajo hacían que estuviera entrando y saliendo incesantemente, desplazándose por la ciudad, a diferencia de la jornada laboral tradicional de ocho o más horas presenciales en un lugar fijo. Esto le permitía ver asiduamente a su hija, ya que entre vuelta y vuelta realizaba rápidas incursiones a su casa: “Yo estaba cerca de ella de todos modos: tenía mi auto, y en casa siempre la esperé para la hora del almuerzo; ella creció con el olor a comida de mamá”. Se había propuesto que la pequeña debía tener a su mamá todos los días, “haciéndole de comer, controlando los deberes, controlando los estudios, a ver con quién estaba, con quién no estaba...”. Reflexiona Cristina:

Para mí es muy importante que los hijos estén compenetrados de esa actitud de la madre, de ese meter para adelante... marcar su camino de vida. Y yo estoy muy contenta con lo que hice con mi hija, porque respondió como los dioses.

Reconoce que no fue fácil, que muy a menudo tuvo que hacer “de tripas corazón” y poner el freno, poner límites: “Yo creo en los límites en todo: en los grandes, en los chicos, ¡límites por favor! (...) Y cuando tenés que hacer de padre y madre, poner límites te duele, pero tenés que pasar por sobre ese dolor”.

En su retrospectiva, Cristina percibe que le tocó estar en el momento y lugar adecuados para que las cosas sucedieran: “Alguien tiene que abrir camino: bueno, a mí me tocó hacerlo, y lo hice encantada”. La caracterizaba una actitud decidida y aun arrostrada hacia la labor periodística; en pocos años conquistaría un merecido estatuto de profesional de la noticia. De ello testimonia el siguiente relato.

En los turbulentos años que precedieron al golpe de Estado de junio de 1973, el Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros) había montado un escondrijo llamado Cárcel del Pueblo, en pleno centro montevideano. El grupo guerrillero secuestró y recluyó allí a varios personajes de notoriedad pública. En mayo de 1972 fue descubierto por los militares. En la madrugada

de aquel día, el director del canal llamó a Cristina para instarla a cubrir tan importante evento. Su pequeña de seis años tenía gripe, pero no dudó un solo segundo: “La envolví en una frazada, me fui para el canal y la instalé en Prensa con los compañeros que quedaban ahí”. El matrimonio con el padre de la niña, quien había quedado a cargo exclusivo de su madre desde sus primeros meses de vida, había durado menos de dos años. Era, obviamente, la única mujer en el grupo de periodistas que se agolpaba en el lugar, forcejeando por la primicia en la cobertura de aquella impactante noticia. “El que bajaba primero a la Cárcel del Pueblo era el que iba a tener la novedad”, relata Cristina; y la televisión tenía que estar primero: esa era su convicción; “ahí tuve que luchar en serio contra los colegas de otros medios, porque todos querían pasar primero”. Tuvo un fuerte altercado con un periodista radial, a quien le enrostró: “¿Sabés una cosa? No me vas a llevar por delante porque soy mujer: te llevo por delante a vos y te tiro por ese pozo”. Finalmente consiguió entrar con su camarógrafo y cubrir el evento con todo éxito.

Examinaremos renglón seguido las peripecias socioprofesionales de Ana María. Veinte años menor que Cristina, periodista/comunicadora de dotes singulares que ha cultivado desde pequeña, se benefició de las conquistas de su predecesora sin dejar de ser ella también una pionera, una exploradora de territorios que permanecían reservados para los hombres.

ANA MARÍA: “FUI LA PRIMERA MUJER... EN UN INFORMATIVO CENTRAL, COMO REPORTERA Y COMO INFORMATIVISTA”

Ana María recuerda que, siendo muy niña, su padre escuchaba todos los días un noticiero radial. Muy impresionada por esa voz tan potente y persuasiva, preguntaba a su papá “cómo se sabía todo lo que él decía”, cómo se hacía para saber tanto. También jugaba a ser maestra; sus alumnos, los árboles, oficiaban de mudos testigos de aquel ejercicio verbal que la pequeña desplegaba con pasión. Era una manera de hacer suya aquella locución radial que despertaba todo su interés y admiración. Ana María tuvo en las personas de sus padres, a tutores sensibles y atentos a sus inclinaciones; viéndola hacer, hablaron con el maestro de la escuela rural y le contaron de las performances de su pequeña. El maestro propuso hacerle un lugar en las fiestas escolares para recitar poemas. Y así se hizo; “fue mi primera actuación en público, a los cuatro o cinco años”.

Cursó los primeros años del ciclo secundario a mediados de los años sesenta. En cuarto año, el profesor de literatura les pautaba un trabajo sobre la actua-

lidad mundial. El profesor devolvió el escrito a Ana María con este sucinto comentario: “¿Por qué no lo publicas? Tienes alma de periodista”. La joven lo presentó al diario local, que accedió a publicarlo. Al final del bachillerato, comunicó a sus padres que quería hacer periodismo y psicología. Esto suponía necesariamente trasladarse a la capital, y los padres no recibieron con mucho entusiasmo tal proyecto. Su mamá le decía “estás loca, qué vas a hacer sola en Montevideo”, aunque también le dijo que no se opondría si esa era realmente su voluntad. Aun hoy recuerda con mucha emoción y cariño las palabras de su padre: “El verdadero amor es la libertad; por tanto, si tú quieres irte a estudiar, vas a tener mi apoyo”.

Ya en Montevideo, una tía le ofreció pagarle un curso privado de periodismo en la única institución que ofrecía estudios de esta naturaleza. Por entonces, se inauguraba el canal de TV en la ciudad donde había hecho el liceo: “Una cámara chiquita, un micrófono y una silla era toda la infraestructura”. Se presentó ante los dueños del canal con un proyecto de programa local; no pedía remuneración, sino un viático para solventar sus desplazamientos desde Montevideo. La propuesta fue aceptada, y se puso a trabajar de inmediato en su primera incursión en el periodismo audiovisual.

Poco tiempo más tarde, se postulaba para un programa radial que buscaba incorporar a una mujer. Debó pasar por innumerables pruebas, hasta que, finalmente, le encomendaron la realización de notas que luego saldrían al aire en el programa periodístico más importante de la emisora. “Era como las pasantías de hoy, sin sueldo”, acota la entrevistada. Una cosa resultó clara desde los comienzos: la calidad de su trabajo se encontraría bajo examen incesante. Es que, para ellas, “al contrario de lo que ocurre con sus colegas varones, su capacidad nunca se da por supuesta” (Instituto Nacional de la Mujeres, 2005, p. 10).

En cierta oportunidad, se acercaba el Día Internacional de la Mujer. Su jefe le comunicó: “Si llegás a conseguir una nota con la Primera Dama, entrás a la radio”. Y la joven periodista se las arregló para conseguir entrevistar a Josefina Herrán Puig, la esposa del dictador². De vuelta a la emisora, sus responsables no lo podían creer. Ana María era incorporada de inmediato al informativo del mediodía. En su primer día, el periodista responsable del informativo dedicó la editorial a presentarla. Anunció que por primera vez en la radiotelefonía uruguaya aparecía una voz femenina que no se ocuparía del horóscopo ni de recetas de cocina ni tampoco hablaría de moda, sino que leería las noticias. La presentación de una colega mujer ante

los radioescuchas *reclamaba imperativamente* una ceremonia que, en el acto de darle la bienvenida, subrayaba el carácter excepcional del acontecimiento, al tiempo que reafirmaba la autoridad masculina.

Aquella puerta grande que por fin se había abierto para ella luego de tantos filtros, se estrelló brutalmente contra su cara. Ana María fue despedida de la emisora de la noche a la mañana. “Nunca lo dije, porque no tengo pruebas del acoso sexual, pero sobre todo porque hablar de eso en aquellos años... ¿quién te iba a defender, en aquel mundo de hombres?”. La situación no pudo haber sido más estereotipada: la joven periodista no accedió a los intentos de seducción de alguien con cierto poder en la empresa, y un buen día se le comunicó que estaba despedida; “eso fue al mes de que yo le había pegado un empujón contra la pared al señor”.

En 1980 y luego de transitar por otras radioemisoras, se presentó a un concurso en TV que ganó. “Una vez más, yo era la única mujer”, acota Ana María. Meses más tarde, la dirección la incorporaba en el noticiero central. “También fui la primera mujer entrando a trabajar como periodista en un informativo central, como reportera y como informativista”. En los comienzos le dieron la información sobre la lotería y la moneda, más algunos copetes de información general. Poco a poco fue ganando mayor relevancia en el equipo de informativistas, hasta que la acreditaron en Casa de Gobierno y le asignaron la exclusividad de las notas políticas.

A despecho de un reconocimiento público que la reconfortaba y llenaba de satisfacción, le tocó vivir horas muy amargas en oportunidad de su reintegro a la actividad profesional luego de un embarazo de riesgo. Durante su ausencia y por la vía impune del rumor anónimo, se corrió la voz de que su desaparición de la pantalla durante tantos meses se debía al hecho de que era amante del Presidente de la República, y que este era el padre de su hija. “Me calumnian, envenenan mi reputación para matar mi credibilidad y para herir mi moral de la peor manera”, relata Ana María con un dolor que la memoria reaviva a pesar del tiempo transcurrido.

Ana María fue durante muchos años la única mujer en el equipo de profesionales del canal. Debía sortear cotidianamente situaciones de acoso en los grados y escenarios más diversos: en la calle, entre colegas, en los ámbitos públicos donde le tocaba trabajar, en los eventos que debía cubrir. Había que ser afable y al tiempo guardar la distancia, había que generar empatía evitando parecer regalada, debía examinarse a sí misma con la mirada masculina: su atuendo, su mirada, la disposición de sus manos, de sus piernas, de su cuerpo todo. En suma, para ganar el reconocimiento y el respeto de los

hombres en su condición de profesional, debía ponerse en lugar de ellos, evaluarse a sí misma adoptando la perspectiva de ellos. Al mismo tiempo, sabía que cualquier señal equívoca podía ser mal interpretada, por lo que no debía deponer un solo momento la actitud de alerta.

En un grupo numeroso de periodistas que esperaban largas horas por la aparición de un personaje público o por la finalización de un evento, nunca faltaba alguno dispuesto a pasar el rato a costa de las contadas mujeres allí presentes (y en innumerables ocasiones, Ana María era la única). Por lo general, eran bromas que pasan por benignas para el común de la gente. En el contexto de ese ritual de masculinidad, sus colegas llamaban la atención sobre el peinado, el largo de la falda, el maquillaje; alguno soltaba una frase del tipo “tenés carita de dormida, ¿qué habrás hecho anoche...?”, con sonrisa socarrona que secundaban sus pares. Se esperaba que ellas festejasen tales bromas con tolerancia y afabilidad. Y aquella que no aceptaba estoicamente ese juego pretendidamente inocente, era tratada de mala compañera, amarga, histérica. Estas prácticas naturalizan la desigualdad de género. En palabras de Ana María, “hay como un señalamiento de que sos mujer, una diferenciación de género sutil”. Basta cambiar el sexo de los protagonistas –lo que las feministas han llamado la “regla invertida”– para dejar en evidencia el sexismo unidireccional que suponen estas situaciones.

Será ahora el turno de Norma, que accede al periodismo audiovisual cuando las comunicadoras ya comienzan a hacerse más visibles en la televisión.

NORMA: “HE INTENTADO JUGAR A LA SUPER WOMAN: HAGO TODO, PUEDO CON TODO, NO SE NOTA QUE NO DORMÍ...”

Al igual que las dos entrevistadas anteriores, Norma da cuenta del firme sostén que constituyó su familia en lo que respecta a sus opciones de vida. El gusto por los libros, el imperativo del cultivo personal y de la titulación, constituían la atmósfera que se respiraba en el hogar. Su adolescencia discurrió en los años sesenta, cuando el país –y el mundo todo– experimentaba una conmoción sociocultural profunda que hacía crujir los cimientos de las sociedades occidentales. Era la época de la llamada segunda ola feminista, que reclamaba igualdad de género. La vorágine de los nuevos tiempos arrastraba a todos, pero las sacudía más a ellas que a ellos. Se multiplicaban las situaciones novedosas que las desafiaban, y que ya no podían ser incluidas de antemano en un código aprendido, tal como sucedía aun hasta entrado el siglo XX (Riesman, 1968). El origen familiar y social seguían gravitando con fuerza en

el futuro posible de las jóvenes; sin embargo, se abría para ellas como nunca antes un abanico de metas alcanzables a través de la educación formal y con relativa independencia del origen. Pero deberán competir –y sobre todo demostrar sus competencias– en ámbitos todavía fuertemente androcéntricos.

En el último tercio del siglo que hemos despedido, las mujeres tomaron literalmente por asalto la enseñanza superior, al punto de constituir abrumadora mayoría en casi todas las carreras, incluidas aquellas tradicionalmente masculinas. Más aún: en esos años, ellas son mejores estudiantes que ellos, obtienen en promedio calificaciones superiores a las de los varones; esto incluye las matemáticas, reducto de la racionalidad históricamente tenida por masculina (Graña, 2008). La actitud de los progenitores de Norma sintonizaba con los nuevos tiempos: había que estudiar, había que ser buen estudiante, y no era cuestión de conformarse con el bachillerato. Este legado familiar se amalgamó en su personalidad con una fuerte volición y seguridad en sí, doble determinación que ha contribuido a modelar su carácter.

Treinta años antes, el camino emprendido por Cristina había supuesto una osadía mayúscula que, como pudo apreciarse, debió ser cuidadosamente timoneada mediante una estrategia familiar dirigida a persuadir al padre. Se recordará, asimismo, que el éxito de aquel trabajo de zapa dependió no poco de la complicidad de la madre. Por su parte, tanto Ana María como Norma contaron con la comprensión y el sostén activos de ambos progenitores, lo cual resultó determinante en el rumbo tomado por sus vidas. A tres décadas de aquella gesta solitaria y sin precedente protagonizada por Cristina a mediados del siglo pasado, las circunstancias sociales habían experimentado cambios considerables; y al amparo de tales cambios, también mutaban las modalidades y vías del apoyo familiar.

En una época en que las mujeres ya venían irrumpiendo en el mundo laboral y en la vida pública, los padres de Norma le inculcaban el sentido de la libre elección profesional fundada en los más amplios saberes, en la educación formal y en la titulación. Norma se había formado en letras, orientándose hacia la docencia, y muy particularmente hacia la investigación. A mediados de los ochenta, el país salía de la dictadura; un canal de TV hacía pública la solicitud de “gente que investigara temas sociales”. Norma presentó una investigación que satisfizo ampliamente las pretensiones de la emisora. Le pidieron un trabajo quincenal de esa índole, que sería empleado como insumo para un importante programa periodístico del momento. Ella trabajaba sola; cuenta con orgullo que fue “la única

periodista *free lance* del canal”. Fueron dieciséis trabajos de esa índole en que la dirección del programa en cuestión le daba un tema y ella realizaba la investigación. Aquel campo de búsqueda sociocultural se correspondía muy bien con lo aprendido, tanto en su hogar como en el sistema educativo: “Nosotros tenemos una formación lo suficientemente universal que a vos te permite reciclarte en otras destrezas y en otros saberes”.

En cierto momento, las autoridades del canal le solicitaron la cobertura de una suplencia por unos días en el noticiero central de las 20 horas. En principio se negó. Por una parte, daba clases en el turno nocturno; pero, sobre todo, temía que esa tarea tan diferente de la que venía realizando, hipotecara la autonomía y las libertades que le permitían el trabajo periodístico emprendido desde hacía ya más de dos años. Pero alguien le recordó en aquel momento: “decidir es crecer”; es lo que hoy transmite a sus hijos, nos confiesa con sonrisa cómplice. Terminó entonces por aceptar el desafío.

Las vacilaciones de Norma ante la posibilidad de cobrar una notoriedad pública que limitara su libertad y su privacidad, transparentan este sentido aprendido de la autodeterminación. Ese sentido de la libre elección de sus opciones de vida, ya estaba al alcance de las mujeres nacidas en la segunda mitad del siglo XX, herederas y también continuadoras de la pugna femenina por la equiparación laboral e intelectual con los hombres. Norma decide por sí misma qué hacer de su tiempo, con márgenes de elección que muestran a las claras los espacios profesionales ya conquistados por las mujeres. En su tarea, brega por ser considerada en tanto profesional y con prescindencia de su sexo; no quiere ser tratada de manera diferente por tratarse de una mujer. A la vez, reconoce que “no es fácil en algunos medios para las mujeres tener un espacio de igualdad con los hombres”.

Norma mide a sus congéneres con la vara exigente de quien está habituada a medirse a sí misma de igual manera, desde su más temprana educación. Las mujeres deben hacerse fuertes en la labor profesional: también suena en las palabras de Norma este legítimo reclamo a sus pares, acompañado de un velado reproche a las que optan por no dar esa batalla y contribuyen con su actitud a desvalorizar las conquistas femeninas ya logradas en el terreno. Esa pelea por la equidad se desarrolla desde un lugar históricamente inequitativo para ellas, y debe hacerse en un terreno profesional en el cual “tenés que ser mejor”. El reclamo de equidad supone entonces un esfuerzo singular, inevitablemente signado por la competencia y por relaciones de poder.

En la dupla de presentadores del noticiero, como no podría ser de otro modo, la división de tareas está sig-

nada por los estereotipos tradicionales que convalidan la primacía masculina en el espacio público. Pronto, Norma comenzó a experimentar las incomodidades de una inequidad solo explicable por prejuicios de género; incomodidad tanto más gravosa, cuanto que ella se sentía perfectamente capaz de desempeñarse con solvencia en todos los roles y temas susceptibles de abordaje en un noticiero.

Y bueno, un día ocurrió que mi compañero no vino, y entonces yo tuve que hacer todo. O sea, como que ese día, la lesión cerebral que aparentemente me impedía saludar al principio y al final, desapareció (...) cuando vos metés el pie entre el marco y la puerta no lo podés sacar más, ¿no? No tenía sentido dar marcha atrás.

¿Cómo ha experimentado Norma su condición de madre de tres hijos, qué decir de la conjunción impar de responsabilidades que la maternidad trae aparejada para las mujeres trabajadoras, y más particularmente, para aquellas expuestas al gran público? Su relato exhibe, aquí también, las huellas de esa época transicional en que se despliega su vida y su labor profesional. Al igual que tantas mujeres, Norma debió hacer mucho por sostener ambas esferas de su vida cotidiana, la familia y el trabajo, de modo tal que no se produjeran cortocircuitos ni interferencias.

En otro texto hemos abordado las interacciones entre maternidad y carrera profesional; muchas mujeres viven su maternidad como un obstáculo para el trabajo, y actúan como si ciertos derechos ya sancionados por ley –la licencia maternal, el permiso de lactancia en horario laboral– resultaran de una concesión graciosa y no de una legítima conquista histórica (Graña, 2001). Norma integra una generación de profesionales que comenzaron a vivir sus responsabilidades maternas sin aquellas constricciones. Ello no impide la subsistencia de ciertos anclajes en un pasado todavía muy reciente; se manifiesta en la percepción de la maternidad como un problema para otros, que la ha inducido a hacer lo posible por neutralizarlo: “Me he esforzado por que la maternidad afectara lo menos posible mi vida profesional, o sea, que eso no sea visto como un problema”. Sin embargo, ella siente que hoy –veinte años más tarde– ya no procedería del mismo modo:

... me arrepiento de eso, pero he intentado jugar a la *super woman*: hago todo, puedo con todo, no se nota nada: no se nota que no dormí... Es un sobreesfuerzo que estoy convencida que hacen muchas mujeres y que ningún hombre tiene que hacer. Eso es algo que tal vez ojalá las nuevas generaciones vivan distinto, y digan “si no dormí en toda la noche, no voy”...

Hemos procurado examinar los recorridos de Cristina, Ana María y Norma, enfatizando por una parte los obstáculos atribuibles al género que debieron afrontar, y por otra, las conquistas que sentaron precedentes para las generaciones venideras de periodistas comunicadoras en la TV abierta.

CONCLUSIONES

En la exposición que aquí finaliza, hemos seguido la trayectoria profesional de tres de las primeras comunicadoras que adquirieron notoriedad pública en la TV uruguaya, con el propósito de describir, desde una perspectiva de género, los desafíos y resistencias que debieron afrontar. Quisimos ver a través de sus ojos, el mundo de vida en que ellas procuraron hacerse un lugar como profesionales en la televisión abierta. Adelantábamos en la introducción cierta gradación histórica en el proceso de conquista de un lugar profesional por parte de las comunicadoras; dicha gradación es especialmente verificable en un punto: la profesionalización del oficio de periodista, que contribuye –en parte– a reducir la brecha de género en tanto remite a saberes y destrezas que no tienen sexo. Recapitulamos renglón seguido, a modo de conclusión, los principales hallazgos del trabajo. Con ellos damos cuenta parcialmente de las preguntas formuladas en la introducción: acerca del perfil de las pioneras y del anclaje de sus singularidades en la época y en los contextos de vida, acerca del modo en que hicieron frente a situaciones de discriminación y acoso.

En los relatos de la infancia y juventud de las tres entrevistadas salta a la vista un común denominador: la existencia de un firme sostén familiar, progenitores que les brindan seguridad y afecto a toda prueba, que las apoyan con determinación y aun con entusiasmo en sus tempranas opciones de vida. Cristina es una adolescente cuando se inicia en la locución radial en los últimos años cuarenta. En esa época, los hombres ocupan virtualmente todo el espacio público y se espera que las mujeres se consagren por entero al matrimonio, al hogar y a los hijos. La comprensión y el sólido respaldo de sus progenitores, facilitaron una audacia que no hubiera podido prosperar ante un veto paterno. Es también el caso, veinte años más tarde, de la joven Ana María, que deja atrás la apacible aldea natal para estudiar periodismo en la “gran ciudad” e iniciarse en una profesión hasta entonces abrumadoramente masculina; su aventura temprana no es imaginable sin la fe que su madre y su padre han depositado en ella. En su niñez y adolescencia transcurridas entre los sesenta y

setenta, Norma incorpora hábitos de lectura y de estudio, en línea con el mandato familiar expreso de formación curricular y conocimiento fundado. Sus tutores le inculcan un sentido de autonomía y libre albedrío que animarán un trayecto signado por el profesionalismo y la confianza en sus propias capacidades.

Resulta evidente en los tres casos la existencia de una determinación inquebrantable que las guía desde sus primeros pasos en el oficio de comunicar. Cristina es todavía una adolescente cuando comienza a construir de la nada un perfil profesional femenino en la radio y luego en la TV, y conquista desde el inicio un reconocimiento que no cesará de crecer. Ana María lee mucho y en voz alta desde niña, recita poemas en las fiestas escolares, más tarde dirige un diario liceal, descubre que su sueño es ser periodista, y desde entonces no hará más que procurar materializarlo contra viento y marea. Norma despliega desde muy joven una sed de saber que la inclina por la investigación social antes que la mera comunicación; desde los inicios de su desempeño profesional protegerá celosamente estas inclinaciones, y en correlación con esto, sostendrá con firmeza el timón de su vida privada, manteniéndola a resguardo de la notoriedad pública.

En un ámbito abrumadoramente masculino como la radio y la TV en los cincuenta, Cristina vivió el asedio de colegas como un dato de la realidad cotidiana: los que “se tiran un lance a ver qué pasa” son legión. Consciente de que ellos tienen todo el poder de decisión, sabe o intuye que debe mantenerlos a raya sin

herir su amor propio, y ganarles en la lid profesional sin humillarlos: “Tenés que hacerte amiga del adversario, y yo me hice amiga de los hombres”. Ana María sufre en los setenta un episodio de acoso sexual que se salda con su despido. Son años de dictadura, y la victimización es triple: la violencia del acoso en sí, la ignominia del despido, el doloroso silencio con que debe sepultar todo el asunto para continuar con su vida profesional. Ante incesantes situaciones de acoso, aprende a desarrollar una estrategia de resistencia que no cortocircuite con su desempeño laboral: “Mi recurso era hacerme la distraída...”. Entrados los ochenta, Norma accede al periodismo de investigación en TV en ancas de una sólida formación profesional que conlleva dos virtualidades: constituye, por una parte, el rasero con el que exige ser medida; y por otra, contribuye a minimizar la eventual discriminación por prejuicios de género llevando la lid al terreno de la calidad de la producción periodística. Reconoce que no es fácil para ellas conquistar un lugar equitativo en la TV, aunque percibe como obstáculo principal el propio bloqueo de las mujeres “para dar por sentado que tenemos los mismos derechos”.

Hemos procurado así poner de relieve las principales peripecias experimentadas por las primeras comunicadoras de la pantalla chica, con fuerte énfasis en aquellas atribuibles a las relaciones sociales entre hombres y mujeres. Es este un primer avance en la línea de investigación, que continuaremos con el trayecto de comunicadoras en actividad desde los noventa al presente.

NOTAS

1. Así se ha llamado al estallido feminista de fines de los sesenta y primeros años de la década siguiente, en referencia a la “primera ola” protagonizada por las sufragistas de comienzos de ese siglo.
2. Juan María Bordaberry, presidente electo en 1971, encabezó el golpe de Estado cívico-militar del 27 de junio de 1973.

REFERENCIAS

- Aldana, S., Beck, I., Bruera, S., Encabo A., Flaschland, C., Medina, J. & Silva, U. (2000). *Género y comunicación. El lado oscuro de los medios [Gender and communication. The dark side of the media]*. Santiago, Chile: Editorial Carmen Torres.
- Alfaro, R. (1997). *Mujeres en los medios: ¿Presencia o protagonismo? [Women in the media: Presence or prominence?]*. Lima: Editorial Calandria.
- Bach, M., Altés, E., Gallego, J., Plujà, M. & Puig, M. (2000). *El sexo de la noticia [The sex of news]*. Barcelona: Icaria Editorial.

- Batthyány, K., Espino, A., Fernández, M., Genta, N., Molina, A., Pedetti, G., Sauval, M., Scavino, S. & Villamil, L. (2014). El cuidado de las personas dependientes [The care of dependent persons]. In *Desigualdades de género en Uruguay [Gender inequalities in Uruguay]*, Montevideo: Trilce. Retrieved from http://www.ine.gub.uy/biblioteca/Atlas_Sociodemografico/Atlas_fasciculo_5_Desigualdades_genero.pdf
- Beltrán, M. (1986). Cinco vías de acceso a la realidad social [Five ways to access social reality]. In M. García Ferrando, M. J. Ibáñez & F. Alvira (Comps.), *El análisis de la realidad social, métodos y técnicas de investigación [The analysis of social reality: Research methods and techniques]*. Madrid: Alianza.
- Berganza Conde, M. & Del Hoyo Hurtado, M. (2006). La mujer y el hombre en la publicidad televisiva: Imágenes y estereotipos [Woman and man in television publicity: Images and stereotypes]. *Zer*, 21, 161-175. Retrieved from <http://www.ehu.es/zer/hemeroteca/pdfs/zer21-10-hoyo.pdf>
- Blanchet, A. (1989). Entrevistar [To interview]. In A. Blanchet et al. (Eds.), *Técnicas de investigación en Ciencias Sociales [Research techniques in Social Sciences]* (pp. 87-129). Madrid: Narcea.
- Bonder, G. (1994). Mujer y educación en América Latina: Hacia la igualdad de oportunidades [Woman and education in Latin America: Toward equal opportunities]. *Revista Iberoamericana de Educación*, (6) [Género y Educación], 9-48. Retrieved from <http://www.rieoei.org/oeivirt/rie06a01.htm>
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina [Male domination]*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Bruera, S., Celiberti, L. & Genta, M. (1999). *En el medio de los medios. Monitoreo realizado a los medios de comunicación [In the middle of the media. Monitoring done to communication media]*. Montevideo: Cotidiano Mujer/Unicef.
- Burch, S. (2000). Género y comunicación: La agenda de las mujeres en comunicación para el nuevo siglo [Gender and communication: Women's agenda in communication for the new century]. *América Latina en movimiento* [Online]. Retrieved from <http://www.alainet.org/es/active/7170>
- Burin, M. (1998). Estudios de género. Reseña histórica [Gender studies. Historical review]. In M. Burin & I. Meler, *Género y familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad [Gender and family: Power, love and sexuality in the developing of subjetivity]* (pp. 19-29). Buenos Aires: Paidós.
- Casal, A. (1998). Un sueño montevideano: ¿Y si resucitaran los cines de hace cincuenta años? [A Montevidean dream: What if cinemas of fifty years ago returned to life?]. *El País*, (Montevideo), Sunday, 14 June, 1998. Retrieved from http://letras-uruguay.espaciolatino.com/casal_alvaro/sueno_montevideano.htm
- Castaño, C. (2005). *Las mujeres y las tecnologías de la información. Internet y la trama de nuestra vida [Women and information technology. Internet and the web of our life]*. Madrid: Alianza Editorial.
- De los Ríos, M. & Martínez, J. (1997). La mujer en los medios de comunicación [Woman in the media]. *Comunicar*, (9), 97-104. Retrieved from <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15800914>
- Defeo, O. (1994). *Los locos de la azotea [The fools of the roof]*. Montevideo: Cal y Canto.
- Foucault, M. (1977). *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber [History of sexuality I. The will to know]*. Madrid: Siglo XXI.
- Giddens, A. (1995). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas [The transformation of intimacy. Sexuality, love and eroticism in modern societies]*. Madrid: Cátedra.
- Goñi, M. (2005). *Análisis cualitativo de la participación femenina en la TV de aire en Montevideo [Qualitative analysis of female participation on air TV in Montevideo]*. Tesina de grado (Undergraduate thesis), Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Montevideo.
- Graña, F. (2001). Maternidad y carrera profesional: un difícil matrimonio. Un estudio de caso en la esfera financiera [Motherhood and professional career: A difficult marriage. A case study in the financial sphere]. In R. Aguirre & K. Batthyány (Coords.), *Trabajo, género y ciudadanía en los países del Cono Sur [Work, gender and citizenship in Southern cone countries]* (pp. 253-258). Montevideo: CINTERFOR-OIT / Asociación de Universidades GRUPO MONTEVIDEO / Universidad de la República.
- Graña, F. (2006). *El sexismo en el aula. Educación y aprendizaje de la desigualdad entre géneros [Education and learning of the inequalities between genders]*. Montevideo: Nordan.

- Graña, F. (2008). El asalto de las mujeres a las carreras universitarias "masculinas": Cambio y continuidad en la discriminación de género [Women's assault to university 'male' careers and ongoing gender discrimination]. *Praxis Educativa*, (12), 77-86. Retrieved from <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=153112902008>
- Graña, F. (2010). Discurso, texto y contexto [Discourse, text, and context]. In *Diálogo social y gobernanza. El discurso de los actores sociales involucrados en la instalación de la fábrica de celulosa en Fray Bentos* [Social dialogue and governability. The speech of social actors involved in the cellulose factory installation in Fray Bentos] (pp. 79-101). Montevideo: CSIC, Universidad de la República.
- Graña, F. (2014). Lo que el viento de la modernidad no se llevó: Cambios y permanencias en la violencia masculina ancestral contra las mujeres [Not gone with the wind of modernity: Changes and continuities in ancient male violence against women]. *Cuadernos en Género y Salud Reproductiva*, (1), 47-57.
- Güereca Torres, R. (2012). Los feminismos y las Sociedades de la Información ante la encrucijada del derecho a comunicar [The feminisms and the information societies faced to the right of communicate crossroad]. *Derecho a comunicar*, 2(4), 70-102. Retrieved from <http://132.248.9.34/hevila/Derechoacomunicar/2012/no4/5.pdf>
- Instituto Nacional de las Mujeres. (2005). *Las mujeres y los medios de comunicación* [Women and communication media]. Mexico: Dirección Nacional de Evaluación y Desarrollo Estadístico.
- Lovera, S. (2007). Comunicación y género. El reto de este siglo denominado de la sociedad de la información [The challenge of this century so called of the information society]. *Comunicación e Ciudadanía* (1), 19-24. Retrieved from <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2542835>
- Lucas, C. & Martínez Gómez, R. (2015). *Fuera de cuadro: 95 a 5. Los asuntos de género en las elecciones del 2014* [Out of the team: 95 to 5. Gender issues in the 2014 elections]. Montevideo: Cotidiano Mujer/ONU Mujeres.
- Montiel, A. V. (2009). El derecho de las mujeres a la Comunicación: La transversalización de la legislación de medios con perspectiva de género [Women's right to communication: The mainstreaming of legislation media with a gender perspective]. *Intercom – Revista Brasileira de Ciências da Comunicação*, 32(2), 111-128.
- Observatorio de los medios de comunicación. (1999). Observatorio de medios de comunicación [Communication media observatory]. Retrieved from <http://www.cotidianomujer.org.uy/sitio/comunicacion/389-observatorio-de-medios-de-comunicacion-1999>
- Peters, B. (1995). Mujeres y medios de comunicación: Acceso a los medios y a la toma de decisiones [Women and the media: Access to media and to decision-making]. Discussion paper prepared for *Simposio Internacional de la UNESCO* [International Symposium: Women and the Media. Access to expression and decision making], Toronto, 28 February to 3 March 1995. Retrieved from <http://www.nodo50.org/ameco/simposio.pdf>
- Portantiero, J. C. (1977). *La sociología clásica: Durkheim y Weber* [Classic sociology: Durkheim and Weber]. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Ramírez Salgado, R. (2012). Bella y a la moda, ¿feliz y amada? Programas televisivos que transforman la apariencia física de las mujeres a través de mecanismos de violencia de género [Beautiful and fashionable, happy and loved? Television programs that transform the physical appearance of women through mechanisms of gender violence]. *Derecho a Comunicar*, 2(4), 140-154. Retrieved from <http://132.248.9.34/hevila/Derechoacomunicar/2012/no4/8.pdf>
- Riesman, D. (1968). *La muchedumbre solitaria* [The lonely crowd]. Buenos Aires: Paidós.
- Rovetto, F. (2010). Androcentrismo y comunicación: apuntes sobre la representación de las mujeres en la prensa de actualidad [Androcentrism and communication: Notes on the representation of women in the press today]. *Cuadernos de Información*, (27), 43-52. Retrieved from <http://www.cuadernos.info/index.php/CDI/article/view/21/17>
- S. de Matos, M. I. (1998). Estudos de Género: Percursos e possibilidades na historiografia contemporânea [Gender studies: Paths and possibilities in contemporary historiography]. *Cadernos PAGU*, (11) [Unicamp], 67-75.
- Secanella P. M. & Fagoaga, C. (1984). *Umbral de presencia de las mujeres en la prensa española* [Threshold presence of women in Spanish press]. Madrid: Instituto de la Mujer.

- Tuchman, G., Kaplan Daniels, A. & Benet, J. (1978). *Hearth and home. Images of women in the mass media*. New York: Oxford University Press.
- Ufarte Ruiz, M. J. (2007). Las mujeres en el seno de la profesión periodística: De la discriminación a la inserción [Women within the journalistic profession: From discrimination to insertion]. *Ámbitos*, (16), 409-421. Retrieved from <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2557723>
- United Nations, (1995). *The United Nations Fourth World Conference of Women (Beijing, China - September 1995. Action for Equality, Development and Peace)*. Retrieved from <http://www.un.org/womenwatch/daw/beijing/platform/media.htm>
- Zeitlin, I. M. (1970). *Ideología y teoría sociológica [Ideology and sociological theory]*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

SOBRE EL AUTOR:

François Graña, (1951) cursó sus estudios de grado y de posgrado en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República (Montevideo) y tiene Dedicación Total en el Departamento de Metodología de la Facultad de Información y Comunicación de la Universidad de la República. Ha publicado *Los padres de Mariana* (2011), *Diálogo social y gobernanza* (2010), *El sexismo en el aula* (2006) y otros cinco libros, así como numerosos artículos y capítulos de libros.